



I

Se levantó, caminó con pasos pesados hasta su camarote, entró en el baño. Después de infructuosos esfuerzos por vomitar sintió cierto alivio. Caminó hasta las literas; se apoyó en la superior, trató de saber qué quería, qué podría hacer para sentirse mejor, para librarse definitivamente por ese día de los recuerdos; removió algunos de los libros y revistas que se apilaban en la litera superior, un Isherwood que llevaba para releer; había allí en algunos de los episodios, quizás en el comienzo del final, unas apreciaciones sobre el exilio voluntario, que le habían impresionado muy vivamente, pero supuso que leerlas ahora acabarían por deprimirlo, ni siquiera el episodio de la isla griega, lleno de humor y sentimentalismo de la mejor especie, le parecería gracioso, *Major Barbara*, *Wild Palms*, el teatro de Congreve, un lote de Christies: *Murder with mirrors*, *Murder in the blue train*, *Murder in the links*, el último Fuentes del que sólo había leído un relato excelente que sucedía en Ginebra, *Music and Ceremonies*, *La muerte de Virgilio*: la heterogénea mínima biblioteca que integra el acopio de lecturas que uno se promete para la forzada reclusión del viaje, y de la cual algunos volúmenes llegan inviolados al sitio del destino. *La muerte de Virgilio*, por ejemplo, le había acompañado por varios continentes y a lo largo de distintas enfermedades sin que hasta la fecha hubiera pasado de las primeras cincuenta palabras, sabiendo por otra parte que aquel libro le guardaba un mensaje casi personal. Sus manos se detuvieron en *Murder with mirrors*, y con el ejemplar en la mano se tendió en su litera, sin quitarse la ropa, se echó encima una frazada y comenzó a leer; trató más bien de empezar a leer, pero ni siquiera aquella prosa fácil podía retenerlo, una fatiga enorme le hizo dejar a un lado el libro y cerrar los ojos; trató de abandonarse a la fatiga y dormir un poco, pero tampoco pudo lograrlo, volvió a sentirse aturdido por esa especie de oscuridad física que lo había atacado en la mesa y se preguntó si sería el efecto de un pésimo aguardiente comprado en Tampico que había bebido la noche anterior mientras oía la insulsa extensísima charla del primer ingeniero dilatarse monótonamente para invadir los más dispares lugares del mundo, cuya imagen lograba convertir siempre en una sola: mujeres, bares, dinero, únicamente con colores y moneda diferentes: Ghana, Guinea, Nueva Zelandia, Sierra Leona, Singapur, Tailandia, Trinidad, Suecia, Gabón, Islandia, y que sólo había resultado tolerable debido al rasposo aguardiente tampiqueño. Podía ser eso, podía ser que había hecho una mala combinación con el vino y el ron recientemente ingeridos. Pero también podía ser el miedo (y por eso se refugiaba en la enfermedad y en el rumiar incesante del pasado),

que por primera vez le tenía al futuro, no al inmediato, no a ese puesto en la biblioteca del Instituto Hispanoamericano de Gotenburgo, sino al futuro que empezaría al cabo de los diez próximos meses, cuando el contrato llegara a su fin (y en eso la carta había sido precisa: eran términos improrrogables, para poder dar oportunidad a otros escritores de Latinoamérica de conocer el país, prestando sus servicios en el Instituto), miedo a tener que volver a México, y la sola idea bastaba para aterrarlo, miedo de andar rodando de un lugar a otro sin trabajo fijo, sin dinero, sin salud. Ya no tenía veinticuatro años como cuando inició la experiencia, y su salud no era buena, y en un momento sudoroso de inseguridad casi anheló el status que daba un horario fijo, un departamento bien montado, amistades normales y no la turbamulta de camas y adioses y pensamientos no expresados, e ideas compartidas a medias en lenguajes a medias de los últimos tiempos, y llegó ya en esa caída vertical a desear parecerse a su padre y poder sentarse él también en un jardín de Tehuacán a contemplar las rosas sin pensar absolutamente en nada. Arrojó de golpe la frasada; no, no dormiría, el ambiente de húmedo bochorno de su cabina lo oprimía, era por todos conceptos preferible volver al salón o salir a cubierta a ver el paisaje del río y esperar la próxima aparición de Nueva Orleans.

II

Acompañado de extrañas pesadillas en las que la sensación de desplome era constante; la última, sobre todo, lo había mantenido sofocado aún largo tiempo después de despertar, formando parte de sus temores, sirviéndoles de telón de fondo, como un leitmotiv, como un compás propicio, porque cuando despertó, completamente empapado de sudor, un sudor frío, pegajoso y repugnante, sintió, supo, que de alguna manera ese sueño, sin que supiera por qué, simbolizaba su presente, su desasimiento del mundo, su falta de interés por los demás, debidamente recompensado con un interés idéntico hacia su persona. Llegaba a una casa en las afueras de la ciudad, la prolongación nueva de un antiguo barrio de la ciudad, lleno de colinas y barrancas. La casa era propiedad de un pintor famoso y de su esposa, una hermosa bailarina. Iba a ocurrir una gran fiesta. Llegaba con Casandra, había poca gente aún, unos diez invitados cuando mucho. Era presentado a la bailarina por su esposo, un viejo compañero de escuela, se cambiaban bromas, se establecía de inmediato una mundana, social familiaridad. Sin embargo eso contribuía de cierto modo a mantener y a guardar las distancias, a poner a cada quien en su sitio. De golpe la casa se llenaba de invitados, jóvenes actores, escritores, gente de la danza,

mucha gente que había conocido o tratado años atrás, antes de haber salido del país; algunos amigos de aquella época a quienes en el sueño no sentía la menor gana ni interés por tratar y a los que esquivaba con un vaso de whisky en las manos; el ritmo fue subiendo de tono estrepitosamente: mucho alcohol, carcajadas, baile, Casandra hacía uno de sus números de danza, más esperpéntica que nunca. En un momento dado descubrió a alguien que harto también de aquel bullicio, harto de desfilar entre grupos salía a un jardín lleno de frutales, de helechos gigantes, de cactus, de senderos de piedra entre enormes peñascos. De pronto se acercaba al borde de una barranca. Imposible distinguir el fondo; una hilera de luces eléctricas, descendía por la barranca e iba a perderse en una bruma que opacaba la luminosidad, la esparcía y la difundía, formaba una especie de cortina de luz y niebla que impedía descubrir el fondo. Caminando al borde del barranco llegaba hasta un punto donde había algo que parecía una escalera metálica igual a las de las piscinas. Apenas había puesto las manos sobre aquella barra de metal cuando sus pies perdieron terreno, y comenzaron a sumergirse en una tierra floja; adivinó que aquel individuo sentía bajo las suelas el movimiento de latas, cáscaras de frutas, desperdicios, hilachos, basura. En ningún momento se le había ocurrido descender; si se había asido a aquellos tubos de hierro había sido de una manera puramente casual, ocasional, llevado por una curiosidad completamente pasiva, y de pronto ya se encontraba entrampado. Debió seguramente haber gritado, porque en un momento, en el preciso instante en que la basura bajo sus pies cedió unos cuantos centímetros, cuando algo se rompió en la base de aquel inmenso cúmulo de tierra suelta y desperdicios, amenazando desplomarse, mientras las manos adoloridas pugnaban por sostenerse en las barras metálicas, de impedir el desplome que, aterrorizado, suponía inminente, un grupo de personas salía de la casa y se acercaba al sitio donde se debatía con aquel peligro tangible, absoluto. Todos los rostros estaban tensos, expectantes, crispados, distantes; rostros de espectadores, nadie se acercaba a ayudarlo, todos se arremolinaban a su lado, unos cuantos centímetros por encima de la cabeza en espera de que el desastre aconteciera, anhelando verlo desaparecer, desbarrancarse entre el tumulto de tierra, desplomarse entre nubes de desperdicios, piedras, latas, cáscaras de plátano, de mango, de papaya, de tunas, para poder comentar que la fiesta había sido completa, un éxito rotundo, un muerto sí, la minimez de la cifra se redimía por la espectacularidad de la forma; gritaba, aullaba, le dolían horriblemente las manos, comenzó a sentir que el sudor le cubría la vista, el corazón batirle a saltos, golpearle, y descubrió, con un terror fuera de todo límite, que él no era uno de los espectadores, sino como ya

sospechaba, era quien caía; gritó con miedo y con vergüenza y con ira, las manos resistían prendidas de las barras de hierro, veía como desesperadamente se aflojaban, cedían, sabía que en el momento en que no pudieran ya sostenerse en el hierro, y ese momento era inminente, sería un desperdicio más rodando hacia la barranca sin fondo.

Su amigo el pintor decía, serena, doctoralmente, con tono un tanto contrariado:

—No sé cómo se le ocurrió venir a matarse en este lugar. Nadie que se respete muere en un basurero.

La bailarina comentaba (podía verle el rostro muy cerca, enorme, como en un close-up) que hacía frío, que sería mejor volver a casa, el espectáculo no valía un resfriado. Casandra, excitada, sacudida por el placer, decía que aquello no se lo debían de perder, que era cuestión sólo de instantes, luego podrían entrar en la casa y vomitar en todos los muebles. Y al oírla, sintió que debía desbarrancarse lo más rápidamente posible; el suelo crujía, se agrietaba, las manos le dolían intolerable, miserablemente. Soltó una creyendo que con la otra podría sostener el peso, pero en ese preciso instante el cúmulo se desplomó del todo y se sintió lanzado, entre los aplausos del grupo que ahora con melancólica vehemencia tarareaba las golondrinas, al espacio, iniciando un descenso lento, asfixiante, sofocador.

Despertó mientras llamaban a comer, se afeitó y vistió rápidamente y por horas no pudo sustraerse del terror de la caída, que en cierto modo, sin que supiera exactamente el porqué, asociaba con el miedo que le producía el porvenir y la desesperanza que le había dejado su reciente temporada en México.

